

Fútbol y nación: ¡pase al vacío!

Gonzalo Medina P.

Hoy en día, el tema y el discurso que invocaré en este artículo suenan a vejez. Y tal percepción parte de la fuerza argumental y fáctica que encarna un fenómeno como la globalización, con todos sus desarrollos económicos, políticos, militares y culturales. El espécimen que he sacado de la galería de las antigüallas, a despecho del brillo que irradia todo aquello asociado con lo transnacional, es el Estado-Nación. Pero lo he desempolvado —dirán hoy en Europa— no para presumir de ilustrado, sino para pensar seriamente en la crisis institucional que Colombia sigue sin resolver después de doscientos años de vida republicana.

Mientras nuestro país continúa debatiéndose en un conflicto armado interno, como una suerte de hado que durante décadas nos ha conducido por los azarosos dominios del *animus belli*, producto en buena parte de la ausencia de un proyecto integral de país —con cabida para todos—, y de una clase dirigente también capaz de gobernar para todos, el denominado mundo industrializado tiende a renunciar a la opción política del

Estado-Nación. Argumenta que tal modelo no responde a los avances del mundo de hoy, caracterizado por la desaparición cada vez más evidente de fronteras a la hora de resolver o de crear conflictos políticos y militares —léanse Irak y Afganistán—, de implementar desarrollo tecnológico, de invertir capital en cualquier espacio de la geografía mundial y también al momento de promover y consolidar modelos culturales.



Por ello, al Estado-Nación se le mira ya con una distancia que tiene sabor a pasado. Aunque no faltan académicos que, más que lanzarlo a las tinieblas exteriores, advierten sobre el riesgo que corre por estos años: “En

la globalización está en juego la nación en cuanto formación social particular, como estructura capaz de soldar a los individuos y sus destinos alrededor de un territorio específico (...) porque la modernidad-mundo radicaliza el movimiento de desterritorialización, rompiendo la unidad nacional".¹

fundamental del objeto de este artículo, he de incluir desde ya, en ese modelo de Estado-Nación para Colombia, la presencia de un actor pocas veces invitado a estos debates y con mayor razón a la toma de decisiones políticas: el deporte.

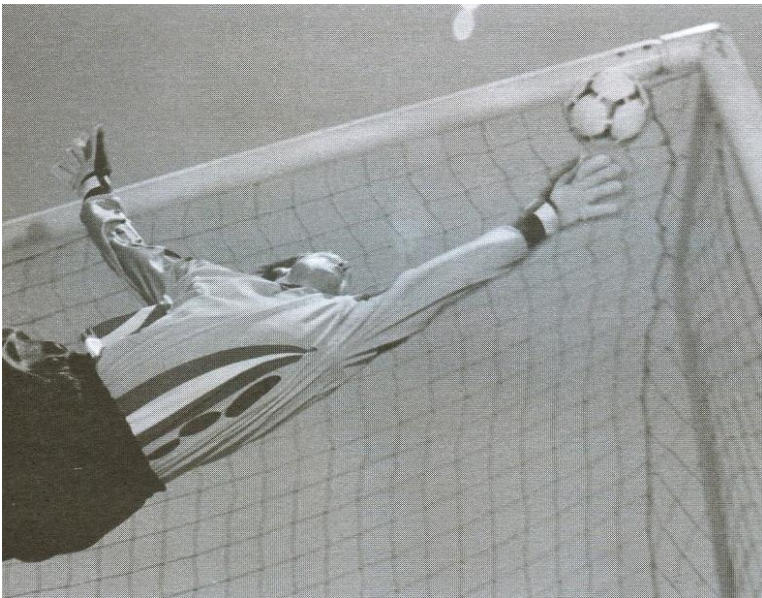
Consignemos algunos elementos que permitan explicar de qué hablamos cuando nos referimos a Estado y a Nación. En su sentido más general, el Estado lo entendemos como el dispositivo creado por la sociedad, con mayor o menor grado de consenso, según las circunstancias, para que asuma el liderazgo de esa misma sociedad mediante el ejercicio de la ley y el monopolio de la fuerza. Un ejercicio legítimo del poder del Estado exige tener la capacidad de constituirse en clase dirigente y no sólo en clase gobernante. El Estado actúa dentro de un territorio y con ello ejerce una atribución fundamental: la soberanía.

Guardando también mi prudente distancia respecto de los discursos globalizantes, y con la pretensión de pensar en nuestra realidad nacional, pero sobre todo de arriesgar una explicación que le dé sentido al porqué debemos trabajar hoy en Colombia por la constitución del Estado-Nación, parto del hecho, a mi juicio inevitable, de una solución política negociada de nuestro conflicto armado. Porque sólo sobre la base de la reconciliación es como el conjunto de la sociedad colombiana podrá repensarse hacia su futuro inmediato y definir con mayor claridad su propio horizonte. Y como parte

¡Pelota en movimiento!

Por su parte, la Nación, en su estrecho vínculo con el Estado, entendida como una comunidad imaginada tiene, entre otras las siguientes particularidades:

- Una unidad territorial
- Una integración económica: el mercado
- Una unidad lingüística: el idioma
- Una unidad social: escuela para todos los ciudadanos



- Una política: la democracia como ordenadora de las relaciones sociales
- Una integración comunicativa: transporte y telecomunicaciones
- Una producción cultural: la invención simbólica de la nacionalidad a través de fiestas cívicas, desfiles patrios, la bandera, el himno, los héroes nacionales, los objetos de culto.²

Son varios los referentes, de los arriba citados, que le dan sentido a la presencia del deporte como fenómeno constitutivo de la Nación, bien sea que asumamos éste, por ejemplo, desde la figura de la escuela, entendiendo el deporte como pedagogía al aire libre para vivir la ciudadanía; o también desde la política y lo que ella representa para fortalecer la democracia en el manejo de las relaciones sociales: respetar al otro, acatar las reglas de juego, aprender a perder y a triunfar; de igual manera, en lo tocante a la producción cultural, el deporte es pertinente si tenemos presente cómo con su ejercicio y disfrute se cohesiona una sociedad, dada su especial capacidad de convocatoria, o cómo esa misma sociedad se reafirma a través de quienes son ungidos como héroes gracias al triunfo otorgado por el esfuerzo, el talento y la preparación.

Situando estos elementos en el teatro de la realidad colombiana, podemos señalar que el deporte brilla por su ausencia al ser pensado como factor vital de nuestro ser nacional — sin olvidar como punto de partida su origen

local o regional—. Ello, con todo y la Ley del deporte de 1995 pues, lo sabemos por experiencia, nuestra tradición santanderista se caracteriza por rendirle culto a la norma como fin en sí, como si su sola expedición e invocación fueran suficientes para que los gobernantes reclamen legitimidad y por ende acatamiento de parte de sus gobernados.

Y mencionar la Ley del deporte responde a otra intención en este artículo: en ella se consagra al turmequé (tejo) como deporte nacional, dado su carácter autóctono y por ende el arraigo que tiene en la que fue su cuna, el altiplano cundiboyacense, sin desconocer además su influencia en departamentos como Antioquia y Santander. ¿Será que el tejo tiene más presencia nacional que el fútbol? ¿O acaso es el fútbol el deporte que mayor reconocimiento internacional nos ha brindado en las últimas décadas, participando en eventos de la magnitud del Mundial de Fútbol, cuya sola presencia es ya un mérito no solo deportivo sino incluso político, dado el poder que representa un organismo como la FIFA, tanto o más influyente que la misma ONU?

Resistir...gracias al balón

Claro que más importante que esa dimensión internacional, está la faceta nacional o interna de ese deporte, en medio de los distintos conflictos que han golpeado y siguen golpeando a la sociedad colombiana, unas veces como expresión del conflicto armado,

otras como reflejo de fenómenos como el narcotráfico, sin desconocer que en ocasiones uno y otro se cruzan y se afectan mutuamente.

Precisamente, en medio de tales flagelos, cuando no a pesar de los mismos, un deporte como el fútbol ha ofrecido la posibilidad de que amplios sectores sociales (algunos de ellos enfrentados en otros escenarios de la vida diaria), puedan reencontrarse y darse la necesaria tregua mientras hacen fuerza en una competencia o incluso celebran por la conquista tan anhelada. Recordemos al Atlético Nacional disputando la Copa Libertadores de 1989, mientras Medellín y otras ciudades eran el campo de batalla donde se libraban las guerras de los carteles contra el Estado o de los carteles entre sí. Cada triunfo de los verdes de Maturana era un aliciente y un renacer de la vida, a pesar de tener a la muerte como cotidiana compañía.

A esa búsqueda decidida y obcecada del Atlético Nacional por darles a los antioqueños un motivo de optimismo para vivir se fueron uniendo, poco a poco, los habitantes de distintas regiones, esas mismas que por tradición han jugado a la rivalidad que poco aporta a la unidad nacional, empezando por los nocivos estereotipos. “El verde” terminó siendo, más que la esperanza de un Departamento, la de un país urgido de reconocimiento internacional. Al fin y al cabo, no han sido muchos los referentes que puedan

definir la colombianidad; o si los ha habido, corremos el riesgo de salir mal librados.

Y sobre la base de ese primer y no menos valioso antecedente, el fútbol colombiano dio un segundo paso cuando el mismo Francisco Maturana asumió la responsabilidad de luchar y soñar por nuestro retorno a un Mundial de Fútbol. Un banquete del cual recogíamos las sobras, como meros espectadores, desde hacía 28 años. Era la nueva oportunidad de pensar y actuar con espíritu de nación; por ello, el entonces triunfador antioqueño-chocoano armó una selección en la cual confluyeron exponentes representativos de distintas regiones, reconociendo el liderazgo de Antioquia, lo que otros, al pasarle al técnico el cobro de cuenta, denominaron “la rosca paisa”.

En ese combinado había espacio para la alegría y potencia vallunas, para la disciplina y orden antioqueños, para la locura caribeña, para la dedicación cundiboyacense. Guardadas proporciones, era una muestra, aún opaca e incompleta, de la nación sin forjar que somos y a la que anhelamos darle presencia viva, a pesar de nuestros gobernantes. En pocas palabras, era un sueño arañando una realidad brumosa.

¡Sí, sí, sí se puede!

Ese mismo sueño con visos de realidad, pasó a ser parte de nuestro ser colombiano, al lado de esas representaciones con profundo sabor a

delito, desde el narcotráfico hasta el secuestro, para sólo mencionar dos de ellas. Si bien se hablaba, dentro y fuera del país, de las andanzas de Pablo Escobar o de los hermanos Rodríguez Orejuela, o de Carlos Castaño y su guerra despiadada contra todo lo que le oliera a guerrilla, también aparecían en las grandes ligas del fútbol mundial los nombres de Francisco Maturana dirigiendo a encumbrados equipos europeos, o de Adolfo “El Tren” Valencia, Fredy Rincón, Leonel Álvarez, René Higuita, alternando con las estrellas del balompié planetario. Pero más que pensar en mejorar nuestra imagen como un fin en sí mismo, se trataba de pensar en el aporte que en la búsqueda de nuestra nación podía brindar un deporte como el fútbol.

Mas del sueño que ganaba piso de realidad, pasamos de un día para otro a la pesadilla que volvió a sumirnos en el desencanto e incluso en el pesimismo: el asesinato de Andrés Escobar a manos de un escolta que nunca había ido a un estadio de fútbol, días después de haber cometido un autogol en el Mundial de Estados Unidos en 1994. ¿Qué espíritu de país, de colombianidad, de nacionalidad, o como se le quiera llamar, puede existir en un compatriota que es capaz de arrebatarse la vida a un coterráneo suyo, sólo por el hecho de discutir con sus patronos, intocables para él?

Si bien el golpe es bajo, y nos hace dudar y renegar de todo, no debemos olvidar, con todo

y lo forzada que puede parecer la relación, el vínculo que podemos establecer entre la necesidad de construir en Colombia un auténtico Estado- Nación, como parte del tratamiento político de nuestro conflicto armado, y dentro de aquél la presencia vital del deporte, en especial del fútbol.

Afirmo que más determinante que las tendencias globalizantes, las cuales han puesto hoy en cuestión la pertinencia de dicho Estado-Nación, es la realidad contundente y urgente de nuestra guerra, la que algunos analistas denominan “sin nombre”, dada la complejidad de la misma, y una de cuyas causas fundamentales sigue siendo —a pesar de la popularidad y eficacia del presidente Álvaro Uribe Vélez—, la incapacidad de los partidos y gobernantes que a través de nuestra historia se han especializado en hacerles goles y golazos a los colombianos más humildes.

En estas circunstancias, el horizonte de nuestro país lo traza la investigadora María Teresa Uribe: “El reto está en construir un orden nacional soberano como condición necesaria y previa al desarrollo de la democracia y a la inserción del país en un mundo globalizado”.³ ¡Pitazo final, entramos a tiempo extra!

Notas

¹ ORTIZ, Renato. *Otros territorios*, Secab, Bogotá, 1998, p. 121. Citado por Omar

Rincón en “La Nación como un happening mediático” incluido en: *La Nación de los medios*, Omar Rincón, Soledad García y Jimena Zuluaga, Universidad de Los Andes, Facultad de Artes y Humanidades, Bogotá D.C., p.16.

² RINCÓN, Omar. Ibid., p. 15.

³ URIBE, María Teresa. “Las soberanías en vilo en un contexto de guerra y paz” en: Revista *Estudios Políticos*, Instituto de Estudios Políticos, Universidad de Antioquia, Medellín, nro 13, julio-diciembre 1998, p. 37.

Gonzalo Medina P. es profesor de la Facultad de Comunicaciones de la Universidad de Antioquia. Escribió este artículo especialmente para la *Agenda Cultural*.